

bre en el reinado de Tito , y envidiosa en el tiempo de que hablamos de la hermosura de Drusila. Mas dejando aparte su origen , ella era Judía de Religion , y creía la inmortalidad de las almas y la vida venidera , y tuvo celo para instruir á su marido en la misma doctrina , segun se cree , ó al menos indújole á conferenciar con San Pablo , á quien protegía abiertamente.

Felix y su muger entraron un dia en la prision del Apóstol , é hicieronle varias preguntas acerca de su doctrina. El preso les manifestó generalmente los principios de la fe cristiana , acomodando su discurso á la capacidad de los que le oían (1) , y estendióse esplicándoles las reglas severas de la justicia y de la castidad , dibujando con los colores mas vivos el eterno castigo que estaba destinado á los que no las observasen. Felix se estremeció , y tembló de oír mas á aquel santo orador. „Basta por hoy , le dijo , ya volveré á oírte otro dia.”

Con efecto le hizo comparecer en su presencia algunas veces ; mas habiendo resistido á la primera gracia , se fue precipitando de crimen en crimen , y este infame Presidente que amaba las riquezas parece no llevaba otro fin en las conferencias con el Apóstol , que el de ver si podia sacarle algun dinero ; porque supo que habia venido á Jerusalem , no á mover sediciones , sino á repartir las limosnas que habia recogido de los fieles Gentiles. De un prisionero tan distinguido habia formado esperanzas , y con este fin le

(1) *Act. Apost. cap. 24. v. 24. y sig.*

tuvo en custodia dos años , al cabo de los cuales entregó el mando á Porcio Festo.

101. Acudieron luego á molestar al nuevo Gobernador los Sacerdotes y demás Judíos acusadores , pidiéndole eficazmente que enviase el preso á Jerusalem (1). Se conjeturaba que lo lograsen , y era tan evidente el riesgo de la opresion y del abuso de la autoridad , que el Apóstol creyó debia desentenderse de ella , apelando del Gobernador al Emperador ; y haciendo uso del derecho de ciudadano Romano , le dijo á Porcio Festo : „al tribunal del César me acogo , este tribunal me debe juzgar.” Festo consultó con los de su Consejo y respondió al Apóstol. „¿Te has acogido al César ? pues irás al César.” Y pasado esto solo se trató de proporcionar embarcacion que le llevase á la Italia.

Vinieron á Cesaréa en este espacio de tiempo (2) el Rey de Galilea y su hermana Berenice á felicitar al nuevo Gobernador Festo , donde supieron del célebre prisionero que Felix habia dejado sin sentenciar despues de dos años de cárcel. Festo les hizo una relacion sucinta de este asunto , la que solo sirvió para avivar mas su curiosidad , manifestando el mayor deseo de ver y oír aquel famoso acusado , á quien tenían en muy diverso concepto que los Judíos de Jerusalem. Festo les respondió ; „fácil es satisfaceros , y mañana se os presentará Pablo.” A la hora señalada asistieron puntuales Agripa y Berenice con un numeroso séquito de Tribunos , Magistrados y todas

(1) *Act. Apost. cap. 25.* (2) *Ibid. v. 13. y sig.*

las personas nobles de la ciudad. Así disponia Dios el auditorio mas illustre que hasta entonces habia tenido el mas digno predicador del Evangelio, y el carecer de libertad proporcionó á San Pablo una ocasion que con dificultad hubiera encontrado en otras circunstancias; por lo que no se manifestó menos fuerte y sublime en su discurso que cuando le tenian por el Dios de la elocuencia en las ciudades del Asia.

„Ved aquí, dijo Festo luego que se presentó á la asamblea, el hombre célebre cuya muerte pide toda Jerusalem, mas yo no hallo en él delito por el que se haga merecedor de ella. Ha recurrido al César y estoy disponiendo enviarle á Roma: mas no sé qué decir para la instruccion de su causa, ni para dirigir su juicio con acierto; pues los cargos que le hacen me parecen muy frívolos é indignos de la atencion del César. De que comparezca ante un Príncipe ilustrado é instruido especialmente en las leyes y costumbres del pueblo Judío, tengo mucho gozo. Usad pues de vuestros conocimientos, y dignaos suministrarme las luces necesarias para hacer el informe al Emperador tan exactamente como requiere la naturaleza del asunto y el respeto debido á la Magestad Imperial.”

Agripa dijo á San Pablo que hiciese su defensa (1). Al Apóstol que estaba muy satisfecho de su suerte, como que ya no dependia de aquellas potestades subalternas, no era esto lo que le interesaba, y quiso servirse de esta ocasion para dar testimonio de Jesucristo, ó al menos para confundir la incredulidad

(1) *Act. Apost. cap. 26.*

cuando no pudiese convencerla. Así que en el discurso que pronunció para su defensa espuso las pruebas de que Jesus Nazareno era el Hijo de Dios, y el Mesías en quien se habian cumplido todos los oráculos de los Profetas. El Gobernador idólatra que nada comprendia de estos profundos misterios, viendo que se estendia mucho sobre este artículo, y sobre el de la gloriosa resurreccion del Salvador del mundo, alzando la voz le dijo: „tú deliras, ó Pablo, con lo mucho que has estudiado. No deliro, óptimo Festo, le respondió con tranquilidad; todo cuanto he dicho es verdad, aunque son cosas extraordinarias. Puede atestiguarlo el Rey Agripa, pues no ignora ninguno de estos puntos. ¿Creeis, Príncipe, le dijo volviéndose á Agripa, lo que enseñan las profecías? porque yo sé que lo creeis.” Agripa se conmovió, mas no queria manifestarlo, y temiendo que el Apóstol le estrechase demasiado, le respondió irónicamente: no falta mucho para que me persuadas á hacerme Cristiano. Ojalá, le replicó, que vos y todos los presentes siguiesen en el dia de hoy mi ejemplo, sin participar de estas cadenas.

Se levantaron el Rey, la Princesa su hermana y el Gobernador, y retirándose á un lado dijeron entre sí: „este hombre no ha cometido cosa por la que merezca ni la muerte, ni la privacion de su libertad;” y les pesaba que la apelacion pública que habia interpuesto les impidiese el absolverle. Empero la prision y cadenas de San Pablo, á mas de que realizaban su ministerio, le servian de antemural con-

tra el furor de los Judíos, que le hubieran muerto en Oriente si hubiese logrado allí su libertad.

Así Festo dispuso que se hiciese á la vela con una buena escolta, acompañándole San Lucas con Aristarco de Tesalónica, uno de aquellos diputados que condujeron las limosnas de Grecia y Asia á los pobres de Jerusalem, y desde aquel tiempo siguió al Apóstol tan fielmente y con tanta constancia, que en sus epístolas le colma de los mayores elogios. Fue larga y penosa la navegacion (1), y no arribaron á las costas de la isla de Creta, hasta fines del mes de Diciembre. Les representó San Pablo con mucha viveza, porque se habia ganado ya la voluntad de todos los pasajeros, que seria muy peligroso el seguir por entonces su viage; mas prevaleció el dictámen contrario del piloto y del maestro de la nave, los que luego se arrepintieron, pues se levantó una tormenta tan horrible que en muchos dias consecutivos no vieron el sol ni las estrellas. Las mercaderías y aun los aparejos de la nave fue indispensable arrojarlos al mar, y aquella bogaba sin timon ni gobernalle, sin que nadie confiase quedar en vida, porque ya muchos dias que estaban sin tomar alimento.

102. Reveló el Señor á su siervo en el entretanto, que el buque se haria pedazos, pero que no moriría ni un solo pasagero (2). Todos se animaron con esta prediccion, y maniobrando con todo esfuerzo llegaron á la costa de Malta, donde con efecto la nave se estrelló contra una roca; mas todos los pa-

(1) *Act. Apost. cap. 27. v. 1. y sig.* (2) *Ibid. v. 22. y sig.*

sageros se salvaron, unos nadando y otros acogiéndose á las tablas y restos del buque; y de doscientas setenta y seis personas que eran, no pereció ninguna.

103. Los Malteses, á quienes llamaban bárbaros porque su lengua era distinta de la de los Griegos y Romanos, mostraron con su humanidad y compasion que no eran inferiores, ni á los unos ni á los otros (1). Para que se calentasen pues aquellos infelices muertos de frio, ya por el rigor de la estacion, ya por una lluvia de granizo que sobrevino á todos los demás accidentes, comenzaron por encender fuego. San Pablo tomó una gavilla de sarmientos para echarla en la hoguera; pero habia entre ellos una víbora, que animada con el calor picó al Apóstol en una mano y quedó pendiente de ella. Viendo esto los isleños, movidos de aquel horror á lo malo que es una impresion de la ley eterna, y jamás borran del todo aun las costumbres mas groseras, dijeron unos á otros en su idioma: „este hombre es sin duda un malvado á quien persigue la venganza del cielo despues de su naufragio;” pero Pablo sacudió la mano y sin commoverse arrojó la víbora en medio de las llamas. Creían que iba á hincharse, y que en breve quedaria muerto; mas observando que no le hizo el veneno daño alguno, creyeron que era algun Dios. Habia una casa y unas grandes tierras del principal de la isla, llamado Publio cerca del aquel parage. Este quiso hospedar á aquel hombre favorecido del cielo, y por espacio de tres dias no perdonó medio

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 1. y sig.*

alguno, conducente á que el Apóstol y sus compañeros se recobrasen de los trabajos de una navegacion desgraciada.

104. Era desinteresada esta beneficencia de Publio, y no quedó sin el debido premio; pues el Apóstol curó milagrosamente orando y poniendo las manos, á su padre que padecía una cruel disenteria acompañada de una ardiente fiebre y se hallaba en el mayor peligro de su vida. Divulgóse este prodigio obrado en uno de los príncipes de la isla, como le llama San Lucas, por toda ella, y de todas partes le llevaban los enfermos al Apóstol por cuyas oraciones lograban la salud. Disponia así á la fe no solo los corazones sencillos de estos isleños, sino tambien los de los Romanos manifestándola, y haciéndola estimar á las puertas de la Italia, y entre sus compañeros de viage que publicaban á su arribo á Roma cuanto habian visto y admirado.

105. Pasado el invierno se embarcaron otra vez (1), y el fin de su viage fue tan feliz como penosos sus principios. El Apóstol desembarcó en Putéolos, hoy Puzol, en el reino de Nápoles, para transportarse por tierra á Roma; y halló algunos Cristianos que le recibieron con las señales mas indelebles de amor y respeto. Hasta el fin de su viage le acompañaron muchos de ellos, y este honroso séquito tomaba aumento por instantes. Salieron á encontrarle los fieles de Roma, tan prevenidos en su favor por la admirable carta que les habia escrito, unos á treinta millas y

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 11. y sig.*

otros á cincuenta; y así á principios de Mayo del año 61 arribó triunfante á pesar de sus cadenas, á la capital del Imperio y á la Silla de la Cabeza de la Iglesia y del mundo Cristiano, despues que Pedro trasladó á ella desde Antioquía su Cátedra Pontificia.

En Roma se acostumbraba dejar á ciertos prisioneros fuera de la prision, bajo la custodia de un soldado, con quien estaban encadenados al menos de noche. Esta gracia no se negó á San Pablo, cuyo nombre era ya tan célebre, y pasó así dos años cabales, porque no pidió su libertad, contentándose con la que le bastaba para anunciar el Evangelio. Vemos por el contrario en las epístolas que escribió desde Roma, que se contemplaba feliz de llevar aquellas cadenas tan útiles á los progresos de la fe.

Dió aviso á los Judíos mas distinguidos de Roma tres dias despues de su llegada (1), á fin de que viesesen á verle á su morada, é informarles del asunto de su apelacion, que podian interpretar en mal sentido. Para convencerlos de que su venida no se dirigia á ofender á nadie de su nacion, sino para librarse de las vejaciones de los ciudadanos de Jerusalem odiadas por los mismos idólatras, nada omitió. Ignoraban estos Israelitas de Roma cuanto habian hecho sus hermanos de Judea, los que dieron por inútiles todas sus tentativas cuando supieron que San Pablo iba á presentarse al Emperador. No solo admitieron los de Roma la justificacion de San Pablo, sí que de

(1) *Act. Apost. cap. 28. v. 17. y sig.*

mas á mas quisieron saber cuales eran sus sentimientos sobre la nueva Religion perseguida en todas partes, y habiéndole señalado dia para oírle, vinieron en gran número á su alojamiento.

Fue tratada en esta conferencia tan profundamente la cuestion de la venida del Mesías, y se examinó con tanta madurez la aplicacion de las profecías relativas á Jesucristo, que en esta Asamblea que fue muy crecida, habló el Apóstol desde la mañana hasta la noche; mas la docilidad de los que le oían no correspondió á su interés. Algunos, es verdad, quedaron convencidos y se convirtieron; pero el mayor número persistió obstinado de tal modo que desde esta primera conferencia les declaró el Apóstol segun su método, que iba á presentar la luz de la salvacion á los que se aprovechasen mejor que ellos; lo cual lo egecutó luego cogiendo un fruto capáz de darle consuelo. Se juntaron innumerables prosélitos á los antiguos fieles, y no cesaban dia y noche de asistir á la casa en que el Apóstol estaba hospedado con el permiso de los Oficiales del Pretorio.

En la historia de los hechos apostólicos refiere San Lucas todo esto, cuya historia hemos seguido hasta su fin. En ella se advierte, que el Evangelista se complace en la relacion individual de los trabajos de su maestro. El Espíritu Santo que le inspiraba, y que no se dignó satisfacer nuestra curiosidad sobre los demás Apóstoles, quiso sin duda alguna darnos en estas lecciones y egejemplos que bastan para nuestra instruccion; por lo que hemos creído deber referirlos

con todo el cuidado y estension que nos permite el plan de esta obra.

106. Sabemos tambien por lo que toca al mismo San Lucas, que á mas de haber seguido con constancia el Doctor de las naciones, predicó la fe en las Galias, en Italia, en Dalmacia y en la Macedonia (1); empero nada podemos asegurar individualmente sobre estas diversas misiones. Conservóse célibe hasta el martirio que padeció, y en el que murió á los ochenta y cuatro años en Patras, ciudad de la Acaya (2). Habia practicado la medicina, y se dice que fue pintor, pero no hay prueba positiva de ello.

107. Convirtieron su odio los Judíos de Jerusalem, despues de haberse librado San Pablo de su venganza, contra Santiago Obispo de aquella ciudad, y buscaron ocasion conveniente para practicar sus intentos. Murió el Gobernador Porcio Festo el año 62 de Jesucristo (3), y antes que llegase su sucesor Albino, los Sacerdotes y Grandes de la nacion citaron á Santiago ante el Sanhedrin. Era el que dirigia esta nueva trama el Pontífice Anano, mostrándose digno hijo del primer Anano, conocido en el Evangelio con el nombre de Anás, y grande enemigo de la doctrina de los Apóstoles, por ser de profesion Saducéo así como su yerno Caifás y toda su aborrecible familia. Exaltaron al principio para llevar á cabo con seguridad sus deseos iníquos y homicidas la piedad y virtudes del santo Obispo, que con efecto era la edifi-

(1) *Epifan. lib. 1. de hæres.* (2) *Nicesf. lib. 2. cap. 43. S. Greg. Nazianz. orat. 1. in Julian.* (3) *Josef. Antiquit. lib. 20. cap. 8.*

cacion y admiracion de todos los vecinos de Jerusalem así Judíos como Cristianos, y le llamaban el justo y el sostén del pueblo. Podia entrar libremente cuantas veces queria en la parte interior del templo, donde solo entraban los Sacerdotes cuando ejercian sus funciones (1). Oraba continuamente y postrado cuasi siempre, de suerte que dicen los antiguos historiadores, que su frente y sus rodillas se habian endurecido como la piel de un camello. Correspondia su pureza y una austeridad y abstinencia egemplares á este fervor evangélico. Nunca bebia vino ni otro licor que pudiese embriagarle, y no solo observaba estas reglas del Nazareato, á que estaba consagrado, sino que jamás se bañaba, ni comia otra cosa que legumbres, ni vestia mas tela que de lino en todas las estaciones del año.

Le saludaron con las mayores muestras de veneracion cuando se presentó en la asamblea, y le preguntaron ¿qué es lo que debia creerse acerca de la doctrina de Jesus? Santiago respondió con un celo que convenció á muchos corazones rectos y que estaban mezclados entre los estrangeros que habian concurrido á la Pascua. No apetecian esto los Escribas, Fariseos, y especialmente los Saduceos, y comenzaron al instante á gritar en tumulto que la antigua Religion iba á ser destruida. Los arrebató un celo aparente; rodean todos al santo Confesor y le dicen: „es preciso que ahora mismo saques de su error á ese pueblo inmenso, que cree que Jesus puede ser el

(1) *Hegesip. apud Euseb. lib. 20. histor. cap. 23.*

Cristo prometido; y pues te llaman el Justo por antonomasia y todos tienen en ti tanta confianza, sube á lo alto del templo para que todos puedan verte y oir el testimonio que des de la verdad.”

Condujéronle al instante á la galería contigua al templo, y le gritaron desde bajo con un respeto fingido: „hombre Justo, decidnos lo que debemos creer de Jesucristo crucificado.” No podia ser mas ilustre la confesion, y el celo del Apóstol sacó de ella toda la ventaja que le presentaba la ocasion. „¿Por qué me preguntais, les respondió en voz alta, lo que se debe creer de Jesucristo, Hijo de Dios y al mismo tiempo Hijo del Hombre? Afectais en vano poner en duda mi fe en este verdadero Redentor: yo os declaro que está en los cielos sentado á la diestra del Todopoderoso, de donde vendrá á juzgar todo el universo.” Creyeron entonces muchos de corazon sencillo, y empezaron á esclamar: *gloria al hijo de David*: pero los sectarios confusos y desanimados dijeron entre sí: nosotros tenemos la culpa de vernos ahora en este apuro. Subamos pronto y arrojemos al Justo á vista de la multitud, para que el terror impida que se propague la seduccion; y luego esclamaron: „el Justo mismo ha errado; cumplamos la profecía de Isaías, y matemos á este Justo pernicioso.” Corrieron al instante al sitio donde estaba el Apóstol, y arrojáronle desde aquella eminencia.

No habiendo muerto el Santo hizo un esfuerzo por levantarse, y se puso de rodillas, diciendo á imitacion de Jesucristo por quien moria: *Perdónalos,*

Señor, que no saben lo que se hacen. Sus enemigos no por esto se aplacaron; pues por orden del Pontífice y de sus secuaces tiraron al santo Obispo una nube de piedras. Un hombre entonces de la raza de los Recabitas, antiguos prosélitos agregados al pueblo de Dios á quien edificaban con su vida retirada y su constancia religiosa en seguir las costumbres de sus padres, exclamó: „qué haceis Israelitas ingratos y desconocidos? ¿No oís al Justo que ora por sus verdugos?” Mas nada era suficiente á contener su furor. Un curtidor por fin, acabó de matarle descargándole en la cabeza grandes golpes. En aquel mismo lugar fue sepultado el cuerpo del Mártir, donde poco despues se le alzó un monumento que duró hasta la destruccion de Jerusalem, y cuyas ruinas se conservaban en tiempo del historiador Eusebio, en el siglo cuarto de la Iglesia. Perdieron la vida muchos fieles con el Apóstol, aunque con el pretexto de que despreciaban la ley de los Judíos.

108. Para saciar sin obstáculo su despecho sangui- nario se aprovechaba el Pontífice de la vacante del gobierno; pero miraban con indignacion aquellas violencias los ciudadanos pacíficos: y á esto achacaron como tambien el historiador Josefo, los horrores del sitio de Jerusalem y todas las calamidades que sufrieron en breve. Salieron muchos de ellos al encuentro del Gobernador Albino, que hacia su viage por Alejandria, y se quejaron altamente del Pontífice. Escribióle Albino una carta muy severa, llena de terribles amenazas; y contribuyendo por su parte á las

miras del gobierno del Rey Agripa, despojó con ignominia de su dignidad á Anano á los tres meses de Pontificado en virtud de la autoridad que los Emperadores concedieron á este Príncipe sobre los ministros del templo.

109. Habia escrito Santiago de Jerusalem una epístola dirigida á los fieles convertidos de las tribus de Israel, esparcidos por todo el mundo, por lo que se llama católica ó universal (*). Un error habia nacido en su tiempo contra la necesidad de las buenas obras, que se apoyaba en algunos pasages mal comprendidos de San Pablo, de los que abusaban, como lo notó el Príncipe de los Apóstoles. Compuso Santiago su epístola para combatir este principio de corrupcion, y por esto insiste principalmente sobre este artículo. Nos da en ella la idea mas exacta del Sacramento de la Estrema-Uncion; y ved aquí el motivo porque no pudiendo sostener su doctrina herética los sacramentarios, con todos los que enseñan, que la fe sola nos salva sin las buenas obras, á vista de que el Espíritu Santo los condena tan terminantemente en este escrito divino, le arrancaron al principio del catálogo de los libros canónicos, aunque la fuerza de la verdad les ha obligado despues á reponerle. Se dudó ciertamente en otro tiempo si esta epístola era de Santiago el menor, como se ve por Eusebio, mas ya tenia una autoridad universal al fin del siglo cuarto, y todos los santos Doctores de este siglo y los siguientes

(*) Santiago murió, segun se cree, el año 62 de Jesucristo. Escribió esta carta poco antes de padecer el martirio.